



Alexander Guinsburg, Valentin Morov, Eduard Kusnetzov, Georgi Vins y Mark Dymisch, los cinco disidentes soviéticos, durante la conferencia de prensa que celebraron a su llegada a Nueva York.

DISIDENTES Y ESPIAS

E. HARO TECGLÉN

El intercambio de "disidentes" soviéticos por espías también soviéticos encarcelados en Estados Unidos es una operación encomiable, desde un punto de vista humanitario: debería repetirse siempre que fuera posible. Ello no evita que tenga aspectos oprobiosos para los dos países. El espectáculo montado y preparado por los Estados Unidos para recibir a los liberados es uno de ellos: convierte la operación en un acto de propaganda antisoviético de primera magnitud, con lo que hace dudar de su verdadera intención y, lo que es más grave, quizá fuerce a la URSS a suspender este tipo de intercambios, para evitar que se conviertan en victorias de un enemigo. Un desfile por la Quinta Avenida entre cien mil personas que arrojaban flores, el Presidente Carter acompañando a uno de ellos —de su misma fe— a la iglesia baptista de Nueva York —la mayor parte son judíos—, entre toda clase de cámaras y de micrófonos, da a todo este hecho, tan profundamente triste, un tono determinado. Moscú, mientras, recibía también con flores a sus dos espías —insignificantes: un

par de funcionarios de las Naciones Unidas, de los que se dijo que habían tratado de tener acceso a los planos de un nuevo submarino, pero que estaban condenados a cincuenta años de cárcel—, y se les daban los honores de la televisión y de las primeras páginas. Con gran disgusto de Giscard d'Estaing y la delegación francesa que visitan Moscú, a los que se les quitaron los honores de constituir la información más importante.

Con todo ello, el principal oprobio es para la URSS, que negocia así con sus propios ciudadanos. Lo que quería poner de manifiesto Estados Unidos con todo este subrayado de la operación es una simple verdad: que la Unión Soviética encarcela a los oponentes al régimen. Y que canjea a sus propios ciudadanos con una potencia extranjera.

La operación se estaba negociando desde hacía meses. El 12 de abril, en una fiesta de la Embajada soviética, el asesor de Carter en cuestiones de seguridad nacional —en realidad, un doble del secretario de Estado—, Brzezinski, conversó con el embajador Dobrynin sobre este tema. Unos días después, le te-

lefoneó Dobrynin, y en un par de charlas telefónicas el tema quedó ultimado. Estaba todo minuciosamente regulado, hasta con una espectacularidad de película, probablemente sobrante desde un punto de vista realista, pero necesaria para la teatralización. Llegaría a Nueva York un avión soviético de pasajeros con los "disidentes"; en el mismo momento en que éstos descendieran por la escalerilla de detrás, subirían por la delantera los dos espías soviéticos. Todo ello bajo la vigilancia de 13 policías soviéticos y de la seguridad de los Estados Unidos.

Lo más difícil de las conversaciones previas fue la identidad de los personajes canjeables. La Unión Soviética tenía un interés concreto por los dos espías, aunque manifestaran siempre que no eran espías y que las acusaciones eran falsas. Esto ha hecho pensar que su verdadera identidad iba más allá de lo que se sospechaba por los cargos contra ellos. Y también que la URSS no tenía verdadero interés en estos personajes, sino que los utilizaba simplemente, porque en lo que tenía interés era en la operación en sí: una demos-

tración mundial de buena voluntad, una mejora en las relaciones entre los dos países en el momento en que Carter y Brejnev tienen una cita —se ha ido aplazando sucesivamente porque no están terminadas las conversaciones Salt y la posibilidad de quitarse "mártires" del país: si vuelan al extranjero los "cerebros" de la oposición, ésta quedaría acéfala. En cambio, los Estados Unidos mostraban un interés especial en dos personajes soviéticos: Schcharansky y Orlov. El primero, según la URSS, no está condenado por disidencia o por ideas subversivas, sino por espionaje —los Estados Unidos niegan que lo haya hecho a su favor—; los dos han sido objeto de fuertes campañas en Estados Unidos, entre ellas la decisión de los hombres de ciencia de no intercambiar información con la URSS —la moderada, inocente información que es objeto de estos intercambios— hasta que fueran liberados. No lo han sido. Los Estados Unidos terminaron por prescindir de ellos, a cambio de que en el paquete se incluyese a Ginsburg, al que la URSS había acusado de tráfico de divisas extranjeras: en realidad, el dinero que de la Fun-

dación Nobel envía para ayuda de los presos políticos. Un hombre de confianza de Sajarov, que sigue siendo en Moscú la cabeza visible de la oposición. Kusnezov y Dymisch también estaban en el canje. Las acusaciones soviéticas eran las de intento de secuestro de un avión de pasajeros: habían estado condenados a muerte y luego su pena conmutada por la de quince años de prisión. Completan el total Morov y Vins —al que acompañó Carter a la iglesia—. Y así estos ciudadanos soviéticos han saltado de la cárcel y el campo de concentración al hotel Plaza de Nueva York, huéspedes privilegiados del Gobierno de los Estados Unidos. La selección de estos cinco "disidentes" no es sólo una cuestión del peso o la popularidad de su nombre o de su importancia en tanto que disidentes: cada uno de ellos ha sido juzgado y condenado por

en la URSS esas condenas no existen, y que el aspecto de la cuestión no tiene nada que ver con lo que los Estados Unidos consideran como el primer intercambio de espías por disidentes políticos, sino un habitual canje de espías. Por eso insistió mucho en que fueran canjeados como se hace muy frecuentemente los dos países —y las películas lo han mostrado más de una vez—, en el "Checkpoint Charlie", punto fronterizo en Berlín.

Toda esta forma de intercambio hace pensar que ninguno de los dos países ha tenido más preocupación que la del espectáculo y la de mejorar sus posibilidades de relación. Lo que interesaría verdaderamente es un cambio de mentalidad y de sistema en todos los países, por el cual la libertad de opiniones de cada ciudadano, y la libertad de viajar dentro y fuera del país,



Valdik Enger y Rudolf Chernayev, los espías soviéticos intercambiados por los cinco disidentes.

delitos que según sus jueces soviéticos estarían relacionados con actividades exteriores, contrarias a la seguridad nacional. No les considera, por lo tanto, como políticos, sino como espías, como traidores: de esta forma quiere subrayar que no se trata de delincuentes políticos o de personajes de la oposición ideológica, puesto que sigue manteniendo la tesis de que

fueran respetadas, entre otras libertades más con las que se definen los plenos derechos del hombre. Con este intercambio, con el aumento de la cuota de salida de judíos soviéticos con destino a Israel —ya el mes de marzo fueron cerca de cinco mil—, la URSS comenzaría a cumplir algunas de las cláusulas aceptadas en la Conferencia de Helsinki. ■



Un paso de la democracia

Ecuador: Centro-Izquierda

Presidente Jaime Roldós.

JAIME Roldós, elegido definitivamente Presidente del Ecuador, representa al populismo, y también a su suegro. Su suegro es Assad Bucaram, que hubiera ganado hace tiempo las elecciones presidenciales de no haberse opuesto, a mano armada, los militares que dieron el golpe de Estado, y que hubiera ganado éstas si los mismos militares en el poder no hubiesen dictado oportunamente una ley declarando inelegibles a todos los candidatos que no hubieran nacido en el territorio nacional. El único candidato en esas condiciones era Bucaram, nacido en el Líbano. Entregó éste, por lo tanto, el Partido Populista a su yerno y le reforzó con su propio nombre. En las elecciones de julio, el yerno de Bucaram, Roldós, ganó las elecciones, pero la Junta Militar decidió que la mayoría no era suficiente (tenía un 32 por 100; su rival inmediato, Durán, el 23 por 100) y que haría falta un nuevo turno. En el nuevo turno del domingo 29 de abril, Roldós ha tenido el 62,7 por 100 de los votos: no cabía ninguna duda.

Si los militares cumplen lo anunciado, el 10 de agosto este Presidente se elevará al poder, y el Gobierno volverá a manos civiles, con la sombra protectora de Bucaram (las pancartas proclamaban: "Roldós a la Presidencia, Bucaram al poder"). Es decir, habrá un regreso a la democracia. Consignemos que bajo la dictadura militar Ecuador no ha vivido un régimen tan duro o tan despiadado como el de otras dictaduras americanas; así y todo, el antiguo ministro del Interior, general Boltvar Jarrín, ha sido acusado de haber organizado el asesinato de uno de los dirigentes de la oposición (Calderón Muñoz).

Acusado de comunismo y de marxismo, pero acusado también por los comunistas de dejarlos fuera del poder, lo que representa Roldós no es solamente el regreso a la democracia en el país, que también podía haberlo representado su oponente electoral Durán, sino una entrada del país en la izquierda. Dentro de un orden: la entrega del Ecuador a los civiles está condicionada por una política general del Departamento de Estado de los Estados Unidos de que los países americanos se gobiernen por una "democracia controlada", y en todas sus declaraciones Roldós no se ha salido de las posibilidades. Su autodeterminación de "centro izquierda" es un indicio muy claro. Las acusaciones que se le han hecho desde la derecha de ser un Kerenski que abra el país hacia formas marxistas de dictadura no tenían más realidad que el empeño de obligar a los militares a no concederle el poder y a los Estados Unidos a volverse atrás. No lo han conseguido, hasta ahora. Pero de aquí al 10 de agosto faltan más de tres meses, en los cuales todo puede suceder.

También pueden suceder, después, otras cosas: Roldós ha sido realmente elegido por un pueblo que vive en condiciones muy bajas y que espera que la moderación no sea tanta como para impedir que mejore. Puede sentirse defraudado. ■